

das, ventanas donde nadie se asomase, y unido todo esto al desprecio de los que se la encontrasen por casualidad en la calle; haria conocer por lo menos á la posteridad, la parte que habian tomado los hombres de bien en esta bacanal escandalosa é indecente.»

## XVII.

Collot de Herbois, respondió á este escrito insultando á Chenier y á Roucher. Este último le devolvió el insulto recordando á Collot de Herbois las caidas que habia dado en su carrera dramática y todos sus contratiempos como histrion. «Este personaje de comedia, decia, que desde las tablas del teatro ha saltado á la tribuna de los Jacobinos, se ha echado sobre mí, como si quisiese pegarme con los remos que le han traído los suizos de galarast.»

Los pasquines en pro ó en contra de la fiesta, eran innumerables, sobre todo en las paredes del Palacio Real adonde acudian alternativamente á desgarrarlos grupos de jóvenes ó de jacobinos. Dupont de Nemours, amigo y maestro de Mirabeau, olvidando por un momento la calma filosófica en que vivia, escribió una carta á Pétion en la cual la conciencia del hombre de bien desafiaba heroicamente la popularidad del tribuno. «Cuando el peligro es grande, decia, el hombre honrado está en el deber de señalárselo á los magistrados, sobre todo si son ellos mismos los que le promueven. Habeis faltado á la verdad cuando habeis dicho que esos soldados habian sido útiles á la revolucion el 14 de julio y que no habian querido batirse contra el pueblo de Paris. Esto es absolutamente falso. Lo que es muy cierto es, que ellos son los que han asesinado á los guardias nacionales de Nancy. Vos habeis tenido la audacia de llamar patriotas

á unos hombres que tienen la insolencia de mandar al Cuerpo legislativo, que envíe una diputacion á la fiesta inventada para honrar á esos rebeldes; estos hombres son los que vos elegís por amigos, y con los que vais á comer secretamente á la Rapeé, y en tanto el general de la guardia nacional de Paris, se ve obligado á andar galopando dos ó tres horas por las calles de la ciudad, para recibir vuestras órdenes, y no puede dar con vos en ninguna parte. En vano tratáis de ocultar vuestra turbacion bajo frases pomposas y vacias de sentido. En vano tratáis de ocultar bajo la apariencia de una fiesta celebrada en obsequio de la libertad, esa fiesta que vais á dar en honor de unos miserables asesinos. Estos subterfugios son ya conocidos de todo el mundo. La cosa urge: ya no engañareis ni á las secciones, ni al ejército, ni á los ochenta y tres departamentos. Los que os conducen como á un niño, tienen la intencion de entregar Paris á diez mil picas, á las que debe abrirseles la barra de la Asamblea el mismo dia en que la guardia nacional sea desarmada. Los hombres á quien han de entregarse aquellas picas van llegando á Paris todos los dias, y cada veinte y cuatro horas entran en la ciudad de mil, á mil quinientos de estos bandidos. Interin llega la hora del saqueo andan pidiendo limosna, y son como los cuervos á quienes el olor de la carne atrae al campo de batalla. No lo he dicho todo; hasta están nombrados los generales que han de mandar este horroroso ejército. Los amigos de Jourdan, impacientes al ver que la amnistia no le libertaba tan pronto como ellos apetecian, han forzado la cárcel de Aviñon y le han puesto en libertad. Ya se le ha recibido en triunfo en algunas ciudades del Mediodía, á la manera que va á recibirse aqui á los suizos de Chateauvieux. Mañana mismo llega á Paris. El domingo asistirá á la fiesta con sus compañeros, con los dos Mainvielle, con Pegtavin y con todos los demas malvados que á sangre fria han asesinado en una noche sesenta y ocho personas



indefensas, violando las mugeres antes de degollarlas. ¡Catilina! ¡Cetego! ¡Corred! ¡Los soldados de Sila están dentro de la ciudad, y el mismo cónsul trata de desarmar á los romanos! ¡La medida está tan llena, que se vierte!»

Petion contestó justificándose, pero su defensa fué tan miserable, que bajo la multitud de excusas que aglomera en su escrito para vindicarse se descubren su debilidad y connivencia. En estos momentos sube Robespierre á la tribuna de los Jacobinos y esclama: «Vosotros no remontais á la verdadera causa de los obstáculos que se suscitan á la espansion de los sentimientos del pueblo. ¿Contra quien creéis que habeis de luchar? ¿Contra la aristocracia? No. ¿Contra la córte? Tampoco. Con quien teneis que habéros las es con un general destinado por la córte hace mucho tiempo, para ejecutar grandes cosas contra el pueblo. ¡No es la guardia nacional la que ve con inquietud los preparativos que estais haciendo, sino el genio de La Fayette que conspira en el estado mayor, en el directorio de Paris, y en toda la capital; este es el que estravia á una multitud de buenos ciudadanos que á no ser por él, estarían seguramente con nosotros! La Fayette, es el mas peligroso entre todos los enemigos que tiene la libertad, porque se cubre con la máscara del patriotismo; él es, quien despues de haber hecho todo el mal que le ha sido posible en la Asamblea constituyente, ha fingido que se retiraba á sus tierras, pero al poco tiempo ha vuelto á Paris á intrigar con motivo de estar vacante el destino de corregidor; mas no creais que haya venido á intrigar por obtenerle; no, ha venido por renunciarle; con lo cual ha hecho creer á los tontos en su desinterés. El es, el que llegó á obtener el mando de los ejércitos franceses para que los volviese contra la revolución, en cuanto se presentó coyuntura de poder hacerlo. Los guardias nacionales de Metz estaban tan inocentes como los de Paris; ellos no pudieron menos de ser

patriotas: La Fayette fué quien los engañó sirviéndose para ello de Bouillé, cómplice y pariente suyo. ¿Pero, podremos escribir en las banderas de aquella fiesta, *solo Bouillé es el culpable?* ¿Quién es el que quiso sofocar el atentado de Nancy y cubrirle con un velo impenetrable? ¿Quién el que pide coronas cívicas para los asesinos de los soldados de Chateauvieux? La Fayette. ¿Quién me impide á mi hablar? La Fayette. ¿Quiénes son los que me dirigen unas miradas centelleantes y amenazadoras? La Fayette y sus cómplices.» (Aplausos generales.)

## XVIII.

Los preparativos de aquella fiesta dieron lugar á otra escena mas interesante y tierna en la Asamblea constituyente. Al abrirse la sesion se pidió que los cuarenta soldados de Chateauvieux fuesen admitidos en el salon de las sesiones. Mr. de Jaucourt se opuso á ello. «Si estos soldados, dijo, no se presentan aquí sino para manifestar su reconocimiento, consiento en que sean introducidos á la barra; pero pido que despues que se les haya oido no se les permita permanecer allí durante la sesion. (Un murmullo general y los gritos de ¡abajo! que salian de las tribunas interrumpen al orador.) Una amnistía, prosiguió, no es ni un triunfo ni una corona cívica. ¡Vosotros no podeis deshorrar los manes de Desilles ni los de aquellos generosos ciudadanos que han muerto á manos de esos mismos soldados, peleando en defensa de las leyes! Vosotros no debeis hacer que se parta de dolor el corazón de los hombres que han tomado parte en aquel acontecimiento, de los cuales hay alguno entre vosotros, y no podeis menos de confesar que conceder el triunfo que se solicita equivale á insultarlos sin que os hayan dado otro motivo para ello que el haber cumplido con su deber.



Permitid á un militar que fué á aquella expedicion con su regimiento que os haga presente el efecto que produciria vuestra decision en el ejército. (Nuevos murmullos). Este, no verá en vuestra conducta sino una proteccion directa, concedida gratuitamente á la insubordinacion. Los honores que tratáis de dar á estos soldados darán á entender que no los miráis como unos amnistiados que han sido ya castigados suficientemente sino como á unas víctimas inocentes.» El tumulto que produce este discurso en la Asamblea obliga al orador á bajar de la tribuna.

Otro de los miembros de la asamblea en cuyo rostro se descubre la mas dolorosa emocion le reemplaza inmediatamente. Este es Mr. de Gouvion jóven oficial de alguna celebridad, y del que ya hemos hablado en las primeras páginas de esta historia. Al verle vestido de riguroso luto y al reparar en la profunda tristeza de que su rostro estaba cubierto, todo el mundo toma interés por él, y al tumultuoso alboroto que reina entonces en la sala, sucede el mas profundo silencio. Su voz trémula indica el dolor que le agobia, y espresa al mismo tiempo la indignacion de que aquel dolor va acompañado.

«Señores, dice, yo tenia un hermano buen patriota, el cual, por la estima en que le tenían sus conciudadanos, fué sucesivamente comandante de la guardia nacional y miembro del consejo departamental. Siempre dispuesto á sacrificarse por la revolucion y por la ley, vióse requerido en nombre de ambas á marchar á Nancy con los valientes guardias nacionales, y marchó gustoso á cumplir con lo que exigia de él el deber. En la refriega que allí se armó cayó atravesado de cinco bayonetazos, dados por esos mismos hombres que.... no quiero nombrar con el título que se merecen. Ahora pregunto: ¿estoy condenado á ver con serenidad que se presenten aquí los asesinos de mi pobre hermano?—¿Pues bien salies!...» (gritó una voz implacable). Las tribunas aplauden este

grito mas frio y mas cruel que el puñal del asesino. ¡Abajo! ¡Abajo! empiezan á gritar desde todas ellas. La indignacion sostiene á Mr. de Gouvion contra el desprecio que le infunden aquellas voces. «¿Quién es, esclama, el cobarde que se esconde para insultar el dolor de un hermano?—Aqui nadie se esconde (dice un diputado levantándose). Yo soy el que he dicho que salgais afuera sino queréis permanecer aqui.» Este diputado se llamaba Chaudieu. Las tribunas aplauden frenéticamente á aquel hombre desnaturalizado, y no parece sino que entre toda aquella multitud no hay uno solo que tenga corazon, y que todos han prescindido de los sentimientos mas sagrados de la naturaleza. Sin embargo, Mr. de Gouvion estaba sostenido por otro sentimiento mas fuerte que el furor de un pueblo. ¡Este sentimiento era el de la desesperacion! La fuerza que esta le da le hace proseguir su discurso. «He aplaudido como hombre la clemencia de la Asamblea nacional al romper las cadenas de esos infelices soldados, á los que quizá se les haya extraviado. (Nuevos murmullos). ¡Ni los decretos de la Asamblea, ni las órdenes del rey, ni la voz de sus gefes, ni los gritos de la patria, han tenido poder sobre ellos. ¡Sin provocacion por parte de los guardias nacionales de los dos departamentos, han hecho fuego sobre los franceses! ¡Mi pobre hermano ha caido victima voluntaria de su obediencia á vuestras órdenes! No, jamás seré yo quien vea marchitar impávido la memoria de aquellos beneméritos guardias nacionales, con los honores que habeis concedido á los que los sacrificaron villanamente.» Couthon, jóven jacobino que estaba sentado ordinariamente cerca de Robespierre en el club, y que no apartaba sus ojos de los de aquel hombre como si quisiese beber en ellos sus estóicas inspiraciones, se levantó para contestar á Gouvion pero lo hizo sin insultarle. «¿Quién es, dijo, el que esclavo de las preocupaciones, se atreverá á deshonestar á unos hombres que la ley ha declarado inocentes?



¡Quién, el que no haga callar su dolor personal, ante los intereses y el triunfo de la libertad! Sin embargo, la voz de Gouvion había herido la fibra de la justicia oculta en el fondo de los corazones y había escitado en ellos aquella emoción natural que les hace palpar todavía, aun bajo la insensibilidad de las opiniones. Dos veces intima el presidente á la Asamblea que es preciso pasar á la votación, para ver si debe concederse á aquellos soldados el honor de asistir á la sesión, y dos veces son tantos los votos en pro como en contra de la proposición. Los secretarios, únicos jueces en estas materias, titubean, hasta que al fin, después de dos escrutinios, publican que la mayoría está por que se admita á los suizos. La minoría protesta, y la votación queda nula. Entonces se pide que la votación sea nominal. En esta queda decidido que se les admita por una mayoría insignificante. Inmediatamente entran en la Asamblea, en medio de los estrepitosos aplausos de las tribunas. El desdichado Gouvion se sale por otra puerta en cuanto los ve dentro de la sala, con el rostro cubierto de vergüenza, y con la imaginación llena de ideas de muerte. Jura que jamás volverá á entrar en una Asamblea en que se fuerza á uno de sus miembros á ver y á felicitar á los asesinos de un hermano suyo, é inmediatamente se dirige al ministerio de la Guerra á pedir que se le destine al ejército del Norte, á donde va sin otro designio que el de buscar la muerte. ¡Sus deseos se cumplen al cabo de poco tiempo!

## XIX.

Los soldados entran en el salón, y Collot de Herbois los presenta á la admiración de las tribunas. Los guardias nacionales de Versalles que han venido acompañándolos hasta la Asamblea, desfilan por la sala á tambor

batiante y en medio de tumultuosos gritos de ¡Viva la nación! Varios grupos de ciudadanos y de mugeres, ellas con banderas tricolores y ellos con picas, les siguen; después los miembros de las sociedades populares de París, presentan al presidente las banderas de honor dadas á los suizos por los departamentos que aquellos *trunfadores* acaban de atravesar. Los hombres del 14 de julio por conducto de Gonchon, célebre agitador del arrabal de San Antonio, anuncian que este arrabal ha mandado fabricar diez mil picas para defender la libertad y la patria. Esta ovación legal ofrecida por los girondinos y los jacobinos á unos soldados indisciplinados, autorizaban al pueblo de París á ofrecerles el triunfo del escándalo.

París no era ya un pueblo entusiasta por la libertad, sino un gran foco de anarquía y de desorden; la jornada del 15 de abril reunía en sí los símbolos de ambas cosas. La sublevación armada, ofrecida como un ejemplo digno de imitación; unos soldados insubordinados obteniendo los honores del triunfo; una galera colosal, instrumento del suplicio y de la vergüenza de los *trunfadores*, ofrecida como emblema; unas mugeres perdidas y unas jóvenes reclutadas entre las más miserables prostitutas, llevando en sus manos y besando á cada paso los restos de las cadenas de aquellos galeotes; cuarenta trofeos en que estaban escritos los nombres de estos, coronados con otras tantas coronas cívicas por haber asesinado á unos ciudadanos honrados; los bustos de Voltaire, de Rousseau, de Franklin, de Sidney y de los más virtuosos patriotas, así como los de los más esclarecidos filósofos, confundidos con los bustos soeces é innobles de aquellos sediciosos y profanados solo por este impuro contacto; aquellos mismos soldados, alóntos y quizás avergonzados de su gloria, marchando en medio de un grupo de guardias franceses amotinados, nueva glorificación del abandono de las banderas y de la indiscipli-



na militar; la marcha cerrada por un carro triunfal imitando la proa de una galera, y sobre aquel carro la estatua de la libertad, armada ya de antemano con la maza de setiembre y coronada con el gorro encarnado. Símbolo tomado de la Frigia para unos y de los presidios para los otros; el libro de la Constitución abierto y llevado en procesion en esta fiesta como para escarnecerle haciéndole asistir á presenciar los obsequios que se tributaban á los que se habian armado contra la ley; las grandes bandas de ciudadanos y ciudadanas, las picas de los arrabales, la ausencia de las bayonetas cívicas, las vociferaciones continuas y siempre amenazadoras, las músicas de los teatros, los himnos demagógicos, las ridículas estaciones ante la Bastilla, en la casa de la ciudad y en el Campo de Marte delante del altar de la patria; los inmensos y desordenados circulos en que agarrados de las manos bailaban multitud de hombres y mugeres dando vueltas alrededor de la galera triunfal, al compás de la *Carmañola*, cancion cínica y detestable; los abrazos mas bien obscenos que patrióticos entre hombres y mugeres, que se precipitaban como unos frenéticos los unos sobre los otros en el acto de abrazarse; y por colmo del envilecimiento Petion y todos los magistrados de París asistiendo en corporacion á esta fiesta y autorizando y sancionando con su presencia aquel insulto hecho á las leyes por su debilidad ó complicidad en él. ¡Tal fué aquella fiesta denigrante, copia de la del 14 de julio y parodia vergonzosa de una insurreccion que habia preludiado á una revolucion! La Francia se avergonzó al ver esto, los buenos ciudadanos se consternaron, la guardia nacional empezó á temer las picas, la ciudad cobró miedo á los arrabales, y el ejército recibió allí la orden de desorganizarse completamente.

La indignacion de los constitucionales estalló en un himno irónico, compuesto por Andrés Chenier, en el que el jóven poeta vengaba las leyes y proscribia su cabeza,

designándola desde aquel dia al hacha del verdugo. Una de las estrofas decia así:

*¡Salve, triunfo divino! ¡Entra en nuestras murallas!  
¡Vuelvenos esos soldados, convertidos en héroes por haber  
derramado la sangre de Desilles, y por haber asesinado  
á nuestros mejores ciudadanos!*

